

rio que fuese escribiendo la respuesta. Víme, dijo, á mí mismo, que hasta entonces nunca me había visto ni conocido bien, y víme un mónstruo tan fero y tan abominable, cual nunca en mi vida había visto ni imaginado tal. Con esta respuesta quedaron desengañados, y buscando en los ejercicios algun vicio que reprender, ó algun daño que remediar, hallaron fruto tan excelente para alabar y estimar.

En Toledo tambien el año de 1553 se levantó una grande tempestad contra el libro de los *Ejercicios*. El cardenal Siliceo estaba dias atras ofendido con la Compañía, y poco satisfecho de su doctrina y modo de proceder; y algunos hombres, aunque doctos y religiosos, pero apasionados, y á lo que parece movidos con deseo de hacer lisonja y de dar gusto al cardenal, publicaron guerra contra el libro de los *Ejercicios*; y no faltó alguno de ellos que recogió de él algunas proposiciones, unas á su parecer temerarias, otras ofensivas, otras tambien claramente heréticas y dignas de ser censuradas y castigadas. Todo lo cual puesto en órden y por escrito se lo ofreció al cardenal Siliceo. Tengo en mi poder una copia de este papel, y no me ha parecido embarazarme en responder á él, porque las calumnias son tales, que miradas con quietud y desapasionadamente, por sí mismas se deshacen; y si no las sacamos á luz no es tanto por la honra del libro, quanto por la honra de quien le censuró, principalmente que el año antes se habia publicado el breve de Paulo III, en que aprobaba y alababa los dichos ejercicios, el cual no ignoraba el autor de esta censura, pues en ella misma hace mencion de él; y esto bastaba para quitar el crédito á sí mismo, el que no le daba muy por entero en estas cosas á la Sede apostólica. Pareció con todo esto no usar de medio más rigu-

roso que vencer la autoridad de uno que decia mal, con la de otros muchos graves y doctos varones que decian bien ¹. Entre estos fué uno el P. Mancio, insigne teólogo de la Orden de Sto. Domingo; el cual habiendo leído el libro de los *Ejercicios*, por órden y comision del dicho cardenal Siliceo, con mucho espacio y atencion, le respondió libremente que no hallaba cosa ninguna digna de ser reprendida ni censurada; y como el mismo arzobispo le diese otra vez el libro con ciertas glosas y censuras, le respondió que ninguna cosa le descontentaba en aquel libro sino la censura de Cano, con lo cual se sosegó por entonces aquella tempestad.

CAPÍTULO XIV.

DE LAS CAUSAS PORQUE LOS EJERCICIOS PUERON TAN PERSEGUIDOS EN SUS PRINCIPIOS.

BIEN se echa de ver que estas tempestades las despertaba el espíritu malo para poner en los pechos de los hombres sospecha y temor, y odio y aborrecimiento del remedio y medicina que los habia de sanar. Daban ocasion á esto los raros y extraordinarios efectos que entonces se obraban por medio de estos ejercicios. Porque todos los bienes grandes, y que pasan de la medida ordinaria y comun, son dificultosamente creidos en sus principios, y no fácilmente nos aseguramos de ellos.

¹ Hist. Societ., ser. 1, lib. 3, n. 38.

Porque la misma grandeza y excelencia de las cosas, así como excede la regla comun, así sobrepuja nuestro entendimiento y estimacion; principalmente, que el salir de orden y de regla es comun á los grandes males con los grandes bienes; y á par de las cumbres muy altas se hallan los despeñaderos muy profundos; y los que al principio parecian milagros, vienen muchas veces á parar en lamentables prodigios. Y es así que la santidad del bienaventurado padre san Ignacio, se empezó á descubrir en el mundo con tan grandes ventajas; y la eficacia de sus palabras era tanta, y tan notables las mudanzas de vidas que obraba por medio de los ejercicios, que así ellos como su autor se empezaron á hacer sospechosos en el mundo. Y los hombres, que pocas veces se inclinan á echar las cosas á bien, lo interpretaban á mal; y como no se aseguraban que en estos ejercicios se trataba verdad, empezaron á persuadirse y á publicar que todo era engaño y mentira.

No daban pequeña ocasion para esto las herejías de Lutero que entonces se levantaban; y de aquí la tomaban los maliciosos para dar color á su pasion; y los sencillos y bien intencionados la tenían para recatarse de cualquier novedad; y pensando que huían del veneno, huían de la medicina; y el demonio se ayudaba de la malicia de los unos y de la simplicidad de los otros, para desterrar, si pudiera, del mundo estos ejercicios que tan caros le habian de costar; y como quien adivinaba el provecho grande que se habia de seguir de ellos removía estos humores, y levantada estas tempestades: tanto era el miedo que tenía de estas armas, y las fuerzas con que procuró sacárselas de las manos primero al capitán y despues á sus soldados y Compañía. Pero como estos ejercicios estaban sujetos á la correccion de la santa

Iglesia, y estribaban en los fundamentos de la verdadera y católica fe, y habian sido inspirados de Dios nuestro Señor para provecho de muchos, y estaban escritos con sinceridad y humildad, y con sana y pura intencion; así tambien todos los que la tenían lo reconocian; y los que los hacian con esa misma sinceridad é intencion, salian muy aprovechados de ellos. Y para que todos tuviesen esta sinceridad é hiciesen los ejercicios con ella y con ánimo seguro y quieto, se puso luego al principio aquella nota, que dice así: *Para que así el que da los ejercicios espirituales, como el que los recibe, más ayuden y se aprovechen, se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto á salvar la proposicion del prójimo, que á condenarla; y si no la puede salvar, inquietara como la entiende; y si mal la entiende, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que bien entendiéndola se salve.* Esta nota fué muy necesaria á los principios para quitar el cuidado y desuelo con que algunos entraban á hacer los ejercicios, temiendo que de ellos no se les pegase alguna herejía ó error, pues no faltó entre los primeros compañeros del santo Padre quien recogió consigo buena copia de libros para poder examinar cualquier doctrina que se le quisiese enseñar menos segura, y defenderse de este peligro que temia.

Pero ya en este tiempo, por la gracia de Dios es menos necesario este aviso, cuando la experiencia nos ha quitado este temor, y mucho más la autoridad de la Sede apostólica, que no solamente confirma y aprueba los dichos ejercicios, como deciamos arriba, pero aún da un ilustre testimonio del grande fruto que ya entonces se habia seguido en la Iglesia por medio de ellos. Esta autoridad apostólica sola basta para quitar todo temor de doctrina sospechosa, que fué la principal causa que á

los principios hubo para ser este libro perseguido. Lo cual gravemente afirmó el doctor Bartolomé de Torres, que primero fué catedrático de prima de teología en la universidad de Alcalá, y despues obispo de las Canarias; el cual entre otras cosas que escribió en aprobacion de este libro para oponerse á la contradiccion del cardenal Siliceo, en un escrito dice así: Afirmo y pronuncio, que estos ejercicios, y todas las cosas contenidas en ellos, y cada una de ellas en particular, están aprobadas de la Sede apostólica, exhortando demas de esto el Pontífice á los fieles á que usen de ellos. Y ciertamente es cosa indigna de un hombre docto afirmar que el Pontífice aprueba ó exhorta á cosa que contiene algunos errores; y no dudo sino que si los padres de la Compañía, los cuales de buena gana abrazan las afrentas por amor de Jesucristo, denunciassen á los tales al sacro tribunal de la santa Inquisicion, que los castigarian gravemente. Pero habiendo aprobado la Sede apostólica estos ejercicios, digo y afirmo, que á ninguno es lícito afirmar que en ellos haya errores, ni tratar de que sean corregidos; y las cosas que se oponen contra ellos (como he mostrado en otro lugar refutando cada una de ellas en particular) muchas de ellas son ridículas, y las demás llanamente sin peso y sin sustancia. Todo esto es del obispo canariense, con que se deshacen estas sombras de mala doctrina, que con ocasion de las herejías que en aquel tiempo se levantaban, pusieron á muchos en cuidado.

Pero si he de decir lo que siento, por demas es buscar la causa porque los ejercicios espirituales fueron tan perseguidos del mundo, siendo como eran tan contrarios á sus leyes y á sus costumbres. Por esta misma causa fué perseguido el Evangelio y los que le predicaban y seguian. Que si bien es verdad que les imponian á los

cristianos muchos delitos, y publicaban celo de la adoracion de sus antiguos dioses, pero ¿qué se les daba á ellos de Júpiter ni de Venus, si no les predicaran la renunciacion de las riquezas, el desprecio de las honras y la mortificacion de los deleites sensuales? porque estos eran los dioses que ellos de verdad reverenciaban y adoraban. A este modo tambien de los ejercicios se publicaban muchas calumnias, diciendo, que estaban llenos de errores y de engaños; pero la verdad es que mediante la divina gracia estaban llenos de fuerza y eficacia para trocar los hombres y hacerles dejar sus antiguos vicios, y de carnales mudarlos en hombres espirituales, despreciadores de los bienes presentes y estimadores de los perdurables que esperamos. Esto es lo que despertaba el coraje de los hombres carnales y mundanos para perseguir los ejercicios, ó porque les quitaban sus amigos y compañeros, ó porque temian que habia de llegar á ellos tambien el desengaño para hacerles dejar sus vicios.

Muy bien ponderó esto el bienaventurado san Gregorio tratando de las escamas de Leviatan, de las cuales se dice en el libro de Job ¹, que son como unos escudos de acero, y están tan juntas y tan abrazadas unas con otras, que ni una mínima respiracion puede pasar entre ellas. Porque estas escamas son los mundanos y pecadores, que así se unen y defienden unos á otros, que ni dan lugar á la exhortacion humana, ni á la inspiracion divina; porque á los que la culpa hizo compañeros, los une y abraza una liga perversa y maliciosa para defenderse en sus maldades los unos á los otros. Y la razon es, porque cada uno teme para sí cuando ve que su compañero es corregido, y por eso se pone en armas

¹ Cap. XLI, 7.

contra los que le reprenden; porque en defender al otro se defiende á sí, y trata de conservarse en sus pecados cuando procura que no sean corregidos los ajenos. Este celo, y no otro fué el que movió á muchos á perseguir los ejercicios. Y no fué desemejante á esto lo que pasó por nuestro Salvador, al cual ¿qué delito no le opusieron? Que quebrantaba las fiestas, que era blasfemo, comedor y bebedor, y amigo de publicanos y pecadores. Mas ¿por ventura eran estos vicios por los que le aborrecian y le procuraban la muerte? El mismo Señor lo dijo bien claro á sus discípulos: «El mundo, dijo ¹, no puede aborreceros á vosotros, conviene á saber, ahora segun el estado presente, no puede aborreceros, porque ni le hacéis mal, ni decís mal de él; pero á mí me aborrece,» ¿por qué? ¿por ventura, porque no guardo las fiestas? ¿porque turbo el pueblo, ó porque le amotino contra sus legítimos príncipes y señores? no por nada de eso, sino «porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas.» Y conforme á esto fué lo que le sucedió á nuestro santo Padre, que interrumpiendo algunos días la ocupacion de dar los ejercicios, y de ganar de nuevo algunos para Dios, por poder vacar á los estudios de la filosofía en París, se maravillaban sus amigos de ver las cosas tan quietas, y que no había quien le persiguiese ni hiciese contradiccion como solian; á los cuales el Santo respondia: Callan ellos ahora porque callo yo; pero en volviendo yo á mis ejercicios acostumbrados, ellos tambien volverán á los suyos, como sucedió; descubriéndose por esta experiencia que si los ejercicios espirituales hacen guerra contra el mundo, no hay de que maravillarse de que el mundo la haga contra ellos.

¹ Joan. VII, 7.

CAPÍTULO XV.

QUE LA FALTA DE EXPERIENCIA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, HA SIDO CAUSA DE PERSEGUIRLOS.

A lo dicho se añade, que todos los que reprendieron y censuraron estos ejercicios, ni los habian probado, ni tenian mucha experiencia de las cosas espirituales; y así no era de maravillar que errasen en ellas. Y para callar otros muchos singulares, diré uno tan solamente con que quedará probado este intento. ¿Qué cosa hay de mayor estima en el camino del espíritu, que haber llegado á tanto desprecio de las cosas presentes, y tanta conformidad con la voluntad de Dios, que con la misma igualdad recibamos de su mano la pobreza como la riqueza, la deshonor como la honra, la enfermedad como la salud, y la vida corta como la larga, estando, cuanto es de nuestra parte, indiferentes á lo próspero y á lo adverso, y deseando solamente que sea Dios glorificado en nosotros? Pues esta indiferencia, que es el fundamento en que estriba todo el edificio espiritual, no se puede decir con cuántas razones y argumentos es reprendida y notada de uno de estos censuradores. Porque esto, dice, es contra la sagrada Escritura, pues Salomon pedia á Dios que no le diese pobreza, sino que le diese lo necesario para su sustento. Y san Pablo dice, que teniendo que comer y que beber, estemos con esto contentos, y de la honra se dice: Ten cuidado del buen nombre, y mejor es el buen nombre y la buena opinion,